

Poros

Nuestro órgano más grande, la piel, es un enorme archipiélago de poros. Somos criaturas agujereadas, aunque nos gusta imaginarnos tersas, firmes y esculturales. Alimentamos esa fantasía con filtros y cremas, retoques fotográficos o quirúrgicos. Como escribe **Byung-Chul Han** en *La salvación de lo bello*:

“Lo pulido, liso e impecable es la seña de identidad de la época actual. Es lo que tienen en común las esculturas de Jeff Koons, los iPhone y la depilación. Lo pulido encarna la actual sociedad positiva, sonsaca los ‘me gusta’”



Encumbrar las superficies brillantes y bruñidas, sin defectos, significa apostar por una estética anestesiada.

Hace más de medio siglo, la literatura de ciencia ficción anticipó esta obsesión por las superficies impecables. Un joven llamado **Ray Bradbury**, que se ganaba la vida vendiendo periódicos por la calle, solía refugiarse al acabar la jornada en sus adoradas bibliotecas. Allí, con una máquina de escribir alquilada, escribió *Fahrenheit 451*, un vibrante alegato sobre el valor del arte, ambientado en un mundo totalitario —esas invisibles sociedades perfectas— donde los libros están proscritos y deben ser quemados. En un conmovedor capítulo del libro, un profesor de literatura privado de su puesto se pregunta:

“¿Por qué los libros son odiados y temidos? Muestran los poros del rostro de la vida. La gente comodona solo desea caras de luna llena, sin poros, sin pelo, inexpresivas.”

El personaje recuerda que cuarenta años atrás se quedó sin trabajo al cerrar la última universidad de humanidades. Un día, sentado en un banco del parque,

mientras acaricia un libro de poesía oculto en su chaqueta, su posesión clandestina, le escuchamos describir con palabras de cadencia musical el cielo, los árboles y la exuberante naturaleza. *“No hablo de cosas, señor. Hablo del significado de las cosas. Me siento aquí y sé que estoy vivo”*. La belleza de la poesía es porosa, ambigua, imperfecta, peligrosa.

En torno al año 400, un poeta de Alejandría llamado **Páladas**, contemporáneo de la sabia **Hipatia**, dejó constancia de sus penalidades: “Soy profesor de letras. La cólera de Aquiles fue para mí causa de funesta miseria. Me matará el hambre de fiera. Para que otra vez Paris raptara a Helena, yo me he hecho mendigo”. Me gusta imaginar al profesor cesado de Fahrenheit en aquel mismo parque, charlando con Hipatia y el viejo Páladas, mientras recitan poemas y comparten penurias.

Al poco, se uniría una curiosa pandilla de profesores de la Universidad de Oxford: primero llegarían envueltos en una nube de humo, pipas en ristre, **Tolkien** y **C. S. Lewis**, ambos filólogos empedernidos; después, el matemático **Lewis Carroll**, tal vez acompañado de la pequeña Alicia, hija de un especialista en griego clásico. La fantasía de este estrafalario trío de enamorados de las lenguas antiguas creó personajes literarios y sagas inolvidables que hoy generan colosales beneficios y un rentable imperio económico. A Páladas le hubiera divertido saber que el amor a Homero, además de mendigos, puede forjar con el tiempo inesperados millonarios.

La creatividad es un laberinto de pasadizos sorprendentes. Cada vez más encerrados en nuestras cápsulas herméticas, pasamos por alto la belleza imprevista, espontánea, sin precintar. En 2007, el periódico The Washington Post llevó al metro de Washington al célebre violinista Joshua Bell, que interpretó obras de Bach con un valiosísimo Stradivarius. En plena hora punta, miles de personas pasaron de largo con total indiferencia. Dos días antes había llenado un teatro a cien dólares la butaca, pero esta vez Bell solo recaudó 32 dólares y no llamó la atención de más de seis espectadores, la mayoría niños.

Como sabían el maestro de Bradbury y la Alicia de Carroll, la literatura y el arte son madrigueras que comunican nuestra imaginación con el mundo. Quienes enseñan humanidades abren cada día pasadizos. Sin su labor, nos arriesgamos

a perder la valiosa imperfección del mundo: lo bello resbalaría sin empaparnos. Frente a pieles etiquetadas y envasadas al vacío, la filosofía, la música y las lenguas antiguas todavía respiran, manteniendo viva la esperanza de ser porosos.

Irene Vallejo, *Poros. La vanguardia “el cultural”*. 10 enero 2022

TRABAJO DE LECTURA

- 1) Divide el texto en diferentes partes y justifica esta división. Realiza un pequeño esquema de cada parte destacando lo más importante.
- 2) Resume el texto en no más de 6 líneas prestando atención a su estructura interna y al tema principal del artículo. Señala en el texto esta estructura.
- 3) Reflexiona en torno a los siguientes conceptos: estética anestesiada, rentable imperio económico, abrir pasadizos, la valiosa imperfección del mundo.
- 4) En este artículo, la autora menciona varios escritores famosos que han sido remarcados en el texto. Busca en Internet quiénes son, qué hicieron y qué relación tienen con la idea de porosidad que se comenta en el texto.
- 5) Escoge uno de los cuatro fragmentos que están subrayados en el texto y redacta un texto argumentativo de entre 10 y 15 líneas posicionándote a favor o en contra de lo que se comenta. Usa la tabla para orientar tu texto.

Tesis	
Argumento 1	
Argumento 2	
Conclusión	